

¿CREER GRACIAS A LA IGLESIA? ¿CREER A PESAR DE LA IGLESIA?

Para algunos que atestiguan una veneración total por el Papa y su enseñanza, la iglesia católica romana es el escudo de la verdad y un faro que ilumina sus caminos: creen gracias a la iglesia. Para otros, es una fría fortaleza dogmática que lanza miradas de desprecio hacia el mundo moderno: creen a pesar de la iglesia. Conviene preguntarse sobre lo que, más allá de las apariencias, parece limitar su audiencia en el mundo actual, hasta el punto de hacer fracasar su misión de anunciar la buena nueva a todas las naciones.

Croire grace a l'Église? Croire malgré l'Église?, *Lumen Vitae* 49 (2004) 403-414.

HAY ALGO QUE NO FUNCIONA

Lo que aquí nos preocupa no es, ante todo, la pertenencia a la Iglesia, sino la fe en Jesucristo y la adhesión a su mensaje. Se puede aceptar que numerosos "fieles" (una palabra que supone que tienen fe) no se planteen demasiadas preguntas sobre este tema. Bautizados poco después de nacer, han crecido en ambiente cristiano. El cristianismo es su religión, como el hinduismo o el Islam lo es para otros grupos humanos. No quiero decir con esto que su adhesión al Evangelio sea "puramente sociológica", pues no podemos leer en el fondo de los corazones. Es preciso, sin embargo, constatar que esta adhesión, a veces se muestra frágil, si se trata de países occidentales o de "iglesias jóvenes".

Los países occidentales están entre los más marcados por la secularización. Es aquí donde se oye muy a menudo una crítica severa de la iglesia, más exactamente de la iglesia católica romana. Desde fuera, ésta puede aparecer como un conjunto prestigioso de edificios, instituciones, manifestaciones periódicas, pero este conjunto es cada vez menos portador del Evangelio. ¿Cuántos bautizados se sienten espontáneamente de acuerdo con expresiones como "Jesús y el Evangelio, sí; la iglesia, no"? Este eslogan es bastante superficial: muchos de estos cristianos, incluso los decepcionados del postconcilio, están lejos de negar su pertenencia a la comunidad creyente y apuntan al aparato eclesiástico que hace funcionar la máquina.

No niego que en estos mismos países se haga un trabajo intenso de reflexión y de adaptación a la modernidad que les invade. Pero muchos padres constatan que sus adolescentes se han distanciado de la religión de sus progenitores. Es cierto que el éxito mediático de las Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ) no proporciona para nada una imagen fiel de la joven generación. En medio de estos miles de chicos y chicas, una minoría convencida estará sin duda marcada por el Evangelio. Pero están perdidos entre la masa de los que, acabada la fiesta, continuarán haciéndose su religión a la carta, que sólo tiene una relación lejana con el Evangelio. Aparentemente, prefieren la música a las palabras. Y, además, en referencia a los jóvenes del planeta, los de las JMJ son como una gota de agua en el mar. Pero, hasta ahora, toda la creatividad desplegada en la pastoral y en la catequesis no ha invertido la tendencia a la desertión, y el discurso repetitivo sobre la nueva evangelización ha influido poco en ella.

Algunos se consuelan viendo el porvenir de la iglesia en las distintas partes del mundo donde una población joven no comparte nuestras críticas occidentales a la iglesia como institución. Allí estaría el porvenir de la iglesia, de la fe en Jesucristo. ¡Ojalá su esperanza se vea realizada! Pero seamos realistas. América Latina, este "continente católico", ve cada año cientos de miles de fieles católicos pasarse al lado de las "iglesias libres", generalmente de origen pentecostal. África, tan prometedora, está invadida por un sinfín de "sectas", menos clericales o más enraizadas en las culturas ancestrales. En cuanto a Asia, tras tantos siglos de evangelización, no ha logrado nunca sobrepasar el 3% de bautizados. Esto, estadísticamente, suma unos cientos de millones de cristianos, con lo que la religión cristiana tiene la oportunidad de no desaparecer tan rápido del planeta. Pero las mismas estadísticas dicen que si el número de cristianos aumenta en cifras absolutas, su proporción en referencia a la población mundial está en lenta regresión.

EL DISCURSO ACTUAL Y SUS VALORES

Hoy manda el discurso de la economía liberal regida por la ley del beneficio. Este sistema no tiene nada que ver con un mundo de justicia, ya que desemboca en "hacer que una minoría de ricos sean cada vez más ricos, a expensas de pobres, cada vez más pobres" -por citar a Juan Pablo II-. Y cuando se oye invocar a Dios en los discursos políticos, incluso del lado cristiano, se debe reconocer que esta referencia religiosa no sirve para justificar decisiones inspiradas por el Evangelio. Evidente-mente, del Evangelio no puede deducirse una política de una manera inmediata. Pero me molesta oír referencias al cristianismo por parte de políticos que no tienen nada que ver con el mensaje de Jesucristo.

¿Habrá perdido la levadura evangélica su capacidad de cambiar la vida e influir en la marcha del mundo? ¿Habrá dejado de ser una "buena nueva" para nuestro tiempo, para los individuos y para la vida en sociedad? En sus comienzos este mensaje había conocido una expansión espectacular, y en algunos siglos, había conquistado el conjunto de todo el Mediterráneo. Las "invasiones bárbaras" no frenaron su progresión, salvo en África del norte. Los bárbaros en cuestión fueron conquistados, e incluso se convirtieron en misioneros. La cristiandad de la Edad Media produjo frutos que todos deben reconocer. Las grandes epopeyas coloniales de los siglos XVI y XIX, multiplicaron el número de bautizados. ¿Y hoy? En la era del pluralismo de las religiones, hemos sobrepasado el tiempo -no tan lejano- en el que se preguntaba sobre "la salvación de los infieles" y se inventaba el "limbo" para salir de apuros. Pero, si se cree en el alcance universal del mensaje evangélico y en su poder liberador, ¿podemos renunciar a compartir con otros lo que nos ha liberado y nos hace vivir? A pesar del individualismo que caracteriza la modernidad, ¿podemos reducir el alcance de este mensaje al dominio privado? En todo caso, nuestra iglesia no lo ha creído jamás. Algo no funciona.

¿CÓMO COMPRENDER LO QUE PASA?

En el centro de la carta a los Romanos, el apóstol Pablo se pregunta sobre lo que constata y le atormenta: la negativa a creer de sus correligionarios judíos. "¿Es que no han oído? ¡Cierto que sí! 'Por toda la tierra se ha difundido su voz y hasta los confines de la tierra sus palabras'. Como esta cita del Sal 19,5 no le consuela, Pablo continúa: "Pero pregunto: ¿Es que Israel no comprendió?" (Rm 10, 18-19)

También para nosotros ésta es la cuestión: la gente de hoy, en lo que ven y oyen del cristianismo, ¿perciben alguna cosa, como una Buena Nueva para ellos y para nuestro mundo? ¿O es que el mensaje ha sufrido tantas interferencias que se ha vuelto casi ininteligible? Y digo "casi", para que no se me acuse de desconfiar de los frutos que sigue produciendo el compromiso cristiano hoy, o de olvidar que nuestra época es aquella que ha conocido el mayor número de mártires.

Propongo una explicación. En el mundo actual, sean las que sean las apariencias, el cristianismo -sobre todo el católico- ha que dado como la religión del Occidente antiguo y medieval. A pesar de sus esfuerzos de adaptación al mundo actual, no ha conseguido inculturarse realmente ni en otras culturas, ni en la modernidad. Probar detalladamente esta hipótesis sería pedir largos desarrollos. Me limito a esbozarlos.

UNA INSTITUCIÓN PETRIFICADA DESDE EL FINAL DE LA EDAD MEDIA

El cristianismo actual sigue profundamente impregnado por lo que, según algunos, ha sido su éxito durante los quince primeros siglos: su inculturación en el mundo greco-latino, con prolongaciones en la Europa medieval. Esto es una evidencia, tanto por lo que concierne a los contenidos de la fe, como en lo que atañen a la disciplina, los ritos, la jerarquía, así como al centralismo romano heredado de la historia.

La doctrina oficial concerniente a la persona de Jesús, la de los cuatro primeros grandes concilios (Nicea, Éfeso, Calcedonia, Constantinopla), base del consenso ecuménico, está codificada

con la ayuda de un aparato conceptual propio de los primeros siglos de nuestra era en el espacio mediterráneo. Es decir, se trata de mentalidades muy diferentes de las mentalidades que impregnan otras culturas (p. ej., las culturas del hinduismo, budismo o taoísmo) y que se han vuelto ajenas a nuestra modernidad. Conceptos utilizados en el credo de Nicea-Constantino-pla, como el de naturaleza, o el de persona, que cierra los debates sobre la Trinidad, no tienen el sentido que tenían en su época, y para los no entendidos son fuente de equívocos.

No se puede reprochar a los grandes teólogos de los primeros siglos haber expresado el misterio de la persona de Jesús en las categorías de su tiempo y de su cultura. He aquí un ejemplo de "inculturación lograda". Se encontraban, como nosotros, delante de "una fuente de agua viva", capaz de transformar la vida de las gentes más sencillas, ponerlas en pie, y darles sentido y gusto por la vida. Al mismo tiempo, estaban confrontados ante el enigma de aquel "hombre inolvidable" que fue Jesús. Sus respuestas han sido objeto de inmensos debates que han dividido a la Iglesia y han sido canonizadas por los concilios... ¡y nosotros estaríamos abocados a repetir las hasta el fin de los siglos!

¿Lentitud de la institución? Sin duda. ¿Prudencia ante las investigaciones todavía tímidas que podrían comprometer valores inestimables? Sin duda. En materia de fe y de sacramentos, la doctrina oficial de la Iglesia católica ha sido siempre la de escoger la vía más segura, la de no innovar nada. En realidad, felizmente la iglesia del pasado, no ha dejado nunca de innovar para que la Buena Nueva llegue a todos, pero esta voluntad de responder a los desafíos de ahora parece que se encuentra fuertemente frenada. ¿Por qué? En un libro estimulante, Ghislain Lafont muestra que, desde la ilustración, nuestra iglesia ha fracasado ante el desafío de la modernidad. Atacada por el racionalismo, consciente de los riesgos (reales) que corría, la iglesia católica se ha atrincherado en su pasado como una ciudadela asediada y se ha envarado en su doctrina y en sus prácticas bajo formas heredadas del pasado, consideradas intocables. De esta manera se cerraba a todo un conjunto de valores que habrían podido ser considerados como frutos legítimos de la cultura cristiana. Al encontrarse con otras culturas, conservaba sus hábitos occidentales, antiguos o medievales.

EL CRISTIANISMO, ¿RELIGIÓN "TRIBAL" DEL OCCIDENTE ANTIGUO Y MEDIEVAL?

Estamos lejos de haber medido el carácter provinciano y desfasado del cristianismo en relación con el mundo contemporáneo. El cristianismo es en nuestro mundo una religión de pleno derecho, al lado de otras y en competencia con las otras, porque se trata de una de las grandes religiones universales del planeta. Para un indio, el cristianismo, es la religión de los occidentales, como para nosotros el hinduismo es la de la India. Para un occidental que se pregunta qué cree realmente, su propia religión es una herencia de la que no sabe qué pensar. ¿Cuántas veces he oído a "buenos católicos practicantes", plantearse grandes interrogantes sobre temas como nacimiento virginal, pecado original, redención, resurrección, divinidad de Cristo o la Trinidad?

Cada vez somos más conscientes de que el cristianismo, como religión distinta, ha tomado su forma actual de una región limitada del planeta, que le ha dado numerosos rasgos que no tienen nada de universal. Hasta el punto de que la coexistencia de las religiones en la aldea mundial le da hoy la figura de una de una "mitología tribal", por más que su implantación en la cultura dominante le da apariencias de universalidad. Vale la pena reflexionar un instante sobre la importancia y la extensión de este proceso de transformación del mensaje evangélico en "religión de Occidente".

Muy pronto, cortadas sus raíces de religión judía y víctima de su éxito en el imperio romano, el cristianismo tuvo que tomar los rasgos de una religión nueva. Según los exégetas, era una perspectiva totalmente ajena a lo que sabemos de Jesús. Si es cierto que su experiencia innovadora de Dios no podía más que transformar todo lo que tocaba, también lo es que no se le pasó por la cabeza crear una religión distinta de aquella en la que nació. Nacido como un movimiento renovador en el seno de la religión judía, el mensaje evangélico manifestó rápidamente unas virtualidades liberadoras que le hicieron desbordar las fronteras del judaísmo,

y de ello hay huellas en los Evangelios. Se sabe también hasta qué punto esta trasgresión de las fronteras fue causa de conflictos en las primeras comunidades y cuál fue el papel decisivo del apóstol Pablo.

En el mundo mediterráneo lleno de diversas corrientes religiosas, las pequeñas comunidades de los discípulos de Jesús, una vez apartados de las sinagogas y formadas por miembros provenientes en número creciente del paganismo, debieron definirse. ¿Acaso no eran "ateas"? Reivindicaron ser "ateas de todos los falsos dioses". Pero hubieron de responder a muchas otras cuestiones. ¿Cómo hacerlo sino a base de situarse como un movimiento religioso diferente de los demás! Sus asambleas se convirtieron en un culto; la partición del pan y de la copa, en un sacrificio; la mesa de las comidas fraternales, en un altar. La autoridad de los jefes se convirtió en un poder sagrado, la transgresión de la disciplina, fue tenida como un sacrilegio. El "vosotros sois todos hermanos" (Mat23,8), fue sustituido por una distinción cada vez más marcada entre una minoría de clérigos ("consagrados" por el sacramento del Orden sagrado, como los designa la Instrucción sobre algunas cuestiones referentes a la colaboración de los fieles laicos con el ministerio de los presbíteros, de 1997, art. 3, párrafo 1) y la inmensa muchedumbre de bautizados "reducidos al estado laical".

Este proceso empezó muy pronto: la ruptura con la sinagoga es ya muy clara al final del primer siglo. Se aceleró cuando el emperador apostó por este nuevo movimiento religioso tan prometedor con el edicto de tolerancia de Constantino (313) y la decisión de Teodosio (395) de hacer de este movimiento la religión de Estado. El precio a pagar: en el seno de lo que aparecía como una institución rica y poderosa era cada vez más difícil percibir la pureza de su origen evangélico.

Los signos de alarma no faltaron. Al final de la Edad Media, al comienzo del Renacimiento, eran numerosos los creyentes que aspiraban a las reformas. A causa de su vuelta a la Escritura {sola scrip-tura} y la salvación por la fe {sola fides}, la Reforma del siglo XVI apuntó a un retorno a lo esencial del Evangelio, pero no salió del entorno cultural de aquel tiempo. La reforma católica pudo dar pruebas de creatividad en el terreno de las artes y de la aventura misionera, pero no captó de manera adecuada el mundo nuevo que se anunciaba. En cuanto a los conflictos del siglo de las luces, su carácter anticlerical y antidogmático no favoreció la adopción de los valores que podían aportar. El centralismo romano se dedicó a salvaguardar la unidad de la fe pero al precio de un endurecimiento que culminó en la definición solemne del primado de jurisdicción y de la infalibilidad del Papa en el Vaticano I en 1870. Y todavía no hemos salido de ahí. Los últimos documentos salidos del Vaticano son la prueba.

El cristianismo no consigue enraizar cuando el terreno ya está ocupado por alguna de las otras grandes religiones universalistas, hinduismo, budismo, taoísmo o Islam. En América y en África, el cristianismo sólo se instaló con la dominación colonial de un occidente que se impuso destruyendo las culturas existentes. Allí donde el Islam arraigó, el cristianismo se detuvo. Allí donde compite con el Islam, como en ciertas regiones de África, este último se muestra más conquistador, no solo gracias a los petrodólares (explicación demasiado fácil), sino porque se adapta mejor a las culturas locales integrando elementos de las religiones tradicionales

En todos estos contextos, las misiones cristianas han tenido cierto éxito cuando el cristianismo aparecía como la religión de los vencedores y, por tanto, resultaba seductora. Pero, adoptando así una religión extranjera en su lenguaje, en sus dogmas, en sus formas y en su organización, las comunidades nuevas no accedían de golpe a la savia evangélica. En muchos casos -como Pablo VI lo reconoció en África- la evangelización quedó como un "barniz superficial". Ha quedado muy lejos de "alcanzar y transformar, por la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que contrastan con la Palabra de Dios y el designio de salvación" (Pablo VI). Lo que nos debe maravillar es que, a pesar de este contexto tan poco favorable al Evangelio, haya podido fructificar.

La misma "extranjería" subsiste respecto a nuestra modernidad. Ésta ha impulsado algunos grandes valores de los cuales es difícil negar su afinidad con el mensaje evangélico:

democracia, autonomía del individuo, igualdad entre sexos, etc. Ahora bien, estos son los valores a los que les cuesta encontrar su sitio en el "mundo católico". ¿Por qué? No solamente a causa de su origen en los ambientes que se distanciaban del aparato eclesiástico, ni tampoco a causa del carácter, a menudo anticlerical o anticristiano, de su difusión, sino porque las estructuras heredadas del pasado son tales, que les es difícil adoptar una representación tan distinta del individuo y de la sociedad.

Esta rigidez de las estructuras heredadas se puede demostrar detalladamente. A pesar del adagio tradicional, tan a menudo repetido por el P. Congar: "lo que concierne a todo el mundo debe ser tratado y discutido por todo el mundo", la concepción jerárquica romana siente aversión a toda idea democrática. A pesar del recordatorio que hace el Vaticano II del "sentido de la fe de todo el Pueblo de Dios" (LG 12), una idea muy vertical de la verdad revelada contribuye a confiar, no sólo la supervisión, sino el monopolio, al magisterio episcopal, principalmente al magisterio del único obispo de Roma. En cuanto a la introducción masiva en el "movimiento de Jesús" de las categorías de lo sagrado, que se encuentran en todas las religiones, tiene como efecto hacer intocable -o, en todo caso, difícilmente reformable- la organización existente, su doctrina, su jerarquía, su disciplina y su derecho.

El reto actual del anuncio evangélico requiere una buena dosis de radicalidad. Se necesita una fuerza innovadora y mucho trabajo selectivo para separar la perla evangélica de su concha antigua y medieval y hacerla brillar a los ojos de nuestros contemporáneos. Después de todo, el mismo Jesús no se hizo muchas ilusiones sobre la aceptación de su mensaje. "Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?" (Lc 18,8).

¿QUE HACER?

No hemos de reinventar la iglesia. Forma parte de nuestra fe confiar en el Espíritu que no deja de actuar, tanto en la Iglesia como en el mundo. La historia enseña que las rigideces paralizantes de las instituciones son el preludio de cambios indispensables. La historia reciente del catolicismo está llena de llamadas a la reforma. El "no" categórico de Roma a estas llamadas no debería sorprendernos ni inquietarnos. La convergencia de las esperas no es menos significativa. Enumeraré algunas características.

Una condición previa a toda evolución: descentralizar. Es inútil pretender adaptarse a las diversas culturas haciendo pasar toda pretensión de cambio por la criba de la curia romana. Esta necesidad de descentralización se expresa en todos los niveles: se desea ver a la iglesia aplicar en su funcionamiento interno el "principio de subsidiariedad" que preconiza para la sociedad civil, no reservando a una instancia superior más que las cuestiones que no puedan ser reguladas por la instancia más cercana a "la base". Una de las opiniones más recogidas sobre este tema es la de monseñor John R. Quinn, que fue arzobispo de San Francisco. Desde su punto de vista pastoral, numerosas exigencias de la curia romana son abusivas y reducen a los obispos a meros ejecutores.

Se puede descentralizar de muchas formas. Las sugerencias no faltan: reconocer mejor la autoridad tradicional de las asambleas de los obispos (conferencias episcopales, concilios continentales); reinstaurar en la iglesia romana la antigua institución de los patriarcados; multiplicar los sínodos diocesanos; abrir más la puerta a la libertad para experimentar las nuevas formas según las diferentes culturas...

Una descentralización así supone un cambio tan grande que sólo un nuevo concilio podría abrir esta puerta. Esta espera de un concilio se ha propuesto varias veces, incluso por boca del cardenal Martini, que fue arzobispo de Milán. Se han hecho varios sondeos, para esbozar el orden del día de un futuro concilio, que sería el Vaticano III... o Jerusalén II. La decisión de convocarlo se reserva al mismo papa. Si Juan Pablo II no abrió la puerta, por lo menos la entreabrió con una célebre frase de su encíclica *Ut unum sint* sobre el ecumenismo. Sólo podemos rezar para que llegue un nuevo Juan XXIII....

Dicho esto, las iglesias locales no tienen que esperar que todo se desbloquee en las altas esferas, ni lo han hecho, por más que de vez en cuando se les ponga el freno. En todo caso, basta mirar lo que se va haciendo en todas partes. La tendencia actual al bloqueo no ha impedido jamás la inventiva de las comunidades cristianas. Recuerdo los sabios consejos dados un día en Taizé por el hermano Roger Schutz a un grupo de jóvenes religiosos que soportaban mal las rigideces de su iglesia. De momento, decía, no os rompáis la cabeza contra las paredes, actuad en los márgenes de libertad que siempre existen (si no los hubiese, ya no sería una institución cristiana). En otras palabras, es preciso recordar la regla que dice: "todo lo que no está prohibido, está permitido". Y añadía: "*No actuéis solos, cultivad las alianzas con los y las que buscan en la misma dirección*". Sabios consejos, válidos también para la actualidad.

Paul Tihon

Selecciones de Teología nº 179

Tradujo y condensó: DOLORS SARRÓ